

*

—¡Oh, buitres! En la noche sin fondo que nos asedia, ¿dónde está la claridad de que hablas?,—grité yo.

Yo esperaba la respuesta, él había desaparecido. Se había borrado sin haber decrecido siquiera. Así llega, se arremolina y huye la hoja muerta con el viento que hace la noche cuando abre su puerta, á la hora en que el pastor va á sentarse encima de los montes.

V

EL ÁGUILA

EL MOSAÍSMO

Unus

Y vi encima de mi cabeza un punto negro. Y aquel punto negro parecía una mosca en la sombra.

Como cuando la luna se hunde en el fondo de las brumas, flotaba un brillo vago, la inmensidad clareaba [blanqueaba].

Reanudé mi carrera y subí por el aire que hendía con ala pronta y segura hacia el punto que se veía en el espacio. A medida que subía, el objeto se agrandaba, y semejante á las figuras que se ven crecer durante el sueño, tornábase una forma extraña.

Y aquella mosca era un águila de vuelo giratorio y feroz.

El vacío era menos obscuro y el viento menos recio. Cada uno de los negros pájaros hacia los cuales me elevaba yo, volaba sólo dentro de su zona y no

veía al otro, como en otros tiempos iba [estaba] el mago lejos del apóstol.

El águila gritaba:

*

—Pues ¿quién está ahí, precipicio repugnante? Pues quién dice: ¡No existe! Pues quién dice: ¡Son dos! Pues quién dice: ¡Son doce, son ciento, son mil; llenan el azul como un pueblo, una ciudad; y el cielo sería claro, límpido y radiante si no estuviera oscurecido por el negro enjambre de los dioses!

¡Oh vientos, él es! Abismo, él es, solo. ¡Solo, os digo! ¡Tinieblas, preguntad á los soles! El prodigio, oh precipicios, sería que él no fuera.

Yo soy el águila iluminada de lo alto que se cierne sobre el fondo de las noches; soy la bestia á quien el genio se parece; tengo en mi ojo extraviado el brillo infinito; soy el gran vidente y el gran inquieto. Yo estaba cerca de Moisés cuando él exclamaba:—¡Oh sol, nutridor del mundo! ¡Anacoreta! ¡Sólo en el fondo del gran cielo como en un retiro! ¡Padre del alba! ¡Rey del día! ¡Amo del fuego! Aparta tus rayos para que yo pueda ver á Dios.—Al pie del sombrío Sinaí, dijo: ¿Quién me acompaña?—Yo dije: Yo. Allí estaba cuando, subiendo la montaña, soberbio y temblando á la vez, se hundió en la nube llena de rayos y de voces; yo he seguido al profeta en esa lívida sombra.

¡Oh sollozos de la madre junto á la cuna vacía, oh cadena del esclavo, oh cetro de Nerón! Tú, peste de impuro soplo; tú, guerra de fiero clarín; gavilanes que acecháis á la codorniz á su salida; malezas del

horror, espino, acónito, ortiga; oh Fatalidad, espectro de ojo melancólico, de lento paso, Mal, cien-pies asqueroso que hormigueas sobre el hombre, Quimera, obscuridad que arrastras tus vértebras, mochuelo Noche, sapo Caos, topos Tinieblas, viejo cielo negro de la nada, sudario del cielo azul; mentís, mentís, mentís; yo he visto á Dios.

*

En aquel momento, la suprema y solitaria ave me distinguió. Fiera, me dijo:

—¿Quién es ese gusano de tierra? ¿Con qué derecho vuelas por la sombra donde te arrastraste? ¿Eres tú quien decía hace poco: No existe? Si eres tú...

No me atrevía á hablar.

—Si eres tú, sabe que se manifiesta sobre todo en todo lo que le oculta. ¿Qué eres tú? Contesta.

¿Sabes tú el fin, el objeto, la ley? ¿Sabes por qué el tábano muerde á la vaca, por qué el pájaro se come la mosca y el gusano el cohombro? Dí, ¿dónde están los pulmones del viento? ¿Conoces tú la sombra? ¿Estás en el secreto? Y cuando ha tronado, ¿sabes tú lo que se ha dicho? ¿Has preguntado á las olas cuando van hacia el escollo que combate su inclemencia, comentando en su inmenso rumor los actos desconocidos de la onda y de la noche? El universo es un texto obscuro. ¿Lo has traducido tú? ¿Qué nos querían las auroras sepultadas? ¿Por qué el formidable lagrimeo de las lluvias? ¿Cómo está el árbol en la pepita del fruto? ¿Has preguntado al Gibel y su ruido, al Atlas y su Simoun, al Alpe y su avalancha?

¿Conoces la Jungfrau, la gran virgen blanca? ¿Te ha dicho ella el fondo de la virginidad? ¿Has llenado tu cántaro en el pozo eternidad, y tu estupidez saca [agua del pozo] del abismo? Habla; ¿es tu ignorancia, hombre, el diezmo que vienes á apartar, precedido del cuervo, sobre la extraña y taciturna ciencia de la tumba, bruma en que se han perdido tantos magos célebres? ¿Te has inclinado para beber á pechos las tinieblas? ¿Y te has erguido sobre el vacío por donde caminas, volviendo á escupir tu sorbo y gritando: Dios no existe?

¿Es así, bruto? En este caso me causa aflicción verte. Dios sólo es quien reina y vive, te digo. Y sólo Dios quien sobrevive. ¿Haces tú el frío, el calor, la noche, el alba? ¿Eres tú quien hace aullar allá arriba el maniático huracán, y tú quien le haces callar? ¿Eres tú el personaje inmenso del misterio? Pruébamelo. Veamos, hombre. Cuando el torrente, ese obrero terrible, inquieto, devorador, aserrando las peñas, arrastrando las tierras de los campos, se pone en la sombra á descarnar las montañas, impídeselo pues. Dí al Océano: ¡abajo! ¿Eres tú quien cogiendo á los leones los encontraste, tan bien que, en sus fúnebres huidas, no se sabe si son leones ó si son cebras! ¿Eres de los que van por lo desconocido sin ver, que por la noche chocan contra el inmenso muro nuevo y que azotando el obstáculo con sus oscuras alas se deslizan indefinidamente á lo largo de las paredes eternas? ¿Sales de alguna gruta de espantosos abruptos flancos, donde tu mirada ha permanecido fija durante cuatro mil años, como Satán en la sombra á donde Dios le hizo descender? ¿Tienes el espíritu que tenía la pagana Casandra cuando iba viendo anticipadamente á Ajax salteador, contando los grandes palacios incendiados y distinguiendo en la profunda noche el gladio

desnudo de Egisto? Habla. ¿Estás lleno de precipicio? ¿Eres el trimegista, caminas con pie firme con los cielos, diciendo á las doce horas: Venid á hablarme, ahora que estáis en la tierra, teniendo en vosotras cada una la alegría del sol ó el horror de la luna? Has vivido entre las bestias en el bosque, indicándote el tigre la fuente y diciendo: ¡bebe! ¿Y cuando pensabas, con el rostro contra tierra, un ángel, al que admiraban el lince y la pantera, apartando las cortinas de la obscuridad, te arrojó sobre los hombros algún espantoso manto de estrellas? Para hablar de ese modo, ¿eres tú el que ata y desata? ¿Tienes el doble espíritu de Elías? Tú, ¿quién eres? Dime tu nombre. En otros tiempos, los profetas, á la hora en que surgía la luna sobre los montes entorpecidos por la bruma, como una cúpula de oro, haciendo en el horizonte gestos de fantasma, dialogaban con los vientos, y grandes y solos sacudían las noches como [si fueran] sudarios; porque en otros tiempos, el desierto, tomando graves actitudes, hablaba al hombre, y el hombre á las soledades; la mar abriendo su precipicio y el águila abriendo su pico oían cómo los adivinos, en Endor, en Balbeck, preguntaban á las tinieblas, y á la sombra, dar á los negros adivinos la sombría explicación. ¿Eres tú de aquellos? No. Aún cuando fueras el último, no serías tan loco que lo negaras.

¿Serías por acaso, oh hablador irrisorio, uno de los grandes descontentos de la negra inmensidad? ¿Te parece que los sagrados cielos van atravesados? ¿Tal vez estabas tú presente cuando Dios hizo el universo? Y sin duda, en tal caso, tu pena fué cruel al ver que aquel albañil no tenía llana y que edificaba la obscuridad, y el azul, y el cielo, y el ser colectivo, y el ser parcial y la extensión donde huye el pálido meteoro; que edificaba el tiempo, que edificaba la aurora, que

edificaba el día, que abre el alba, los vastos firmamentos azules hasta durante la noche y las profundas cúpulas donde vuela la tempestad, sin subir por la escala con un cuero sobre la cabeza.

¿Eres tú algún ser á quien la claridad dijo: ¡Vete!, salido del gran seno negro y triste de Satán? ¡No! Tú no eres más que un transeunte frágil y vano.

Yo invito á tu espíritu á pensar que Dios sólo es la vida; todo lo demás es la muerte; y lo afirmo, en tí, al hombre, ese bebedor de la copa de espanto; ese pálido elector de caminos temibles, ese ciego en acecho, y ese sordo en escucha.

¿Vienes á desafiar á este Dios á quien la sombra ha combatido? Vamos, habla; ¿has visto á Leviatán? ¿Lo has sorprendido en el antro donde el agua baña á los escuetos [calvos] granitos ó en alguna selva llena de salvajes fulgores? Puedes decir: ¡Yo he visto á Leviatán! Mira como es, mira como se arrastra; nada así. ¿Has leído tan sólo lo que dice Job? ¡No, ciertamente! Entonces, escucha:

«Su cuerpo cubierto de láminas verdes, parece un movible montón de escudos de bronce. Su sueño produce el ruido de un torrente subterráneo. Cuando tiene sed, su garganta abierta, vasta, horrible, bebe todo un río con su ladrido terrible.»—Esto es lo que dijo Job, es espantoso; pues bien, yo que le he visto, digo: Lo que dice Job no es nada.

*

¡Leviatán!, pelos, crestas, mandíbulas, alas que son brazos, piés que son aletas, garras que se toma-

rían por hierbas, nudos, mil antenas que forman un ramaje espinoso, un ombligo verde, semejante á la mar que se surca, es la sombra hecha monstruo, y que vive, ¡cosa espantosa!; no sé qué de negro y de prodigioso que muerde con dientes, que ve con ojos. La manera como pone sus piés uno delante de otro es horrible; la ola ruge cuando él se revuelca en ella; como un vaso en el fuego, hierve la mar sobre su frente; al arrastrarse siembra por todas partes sus escamas como un cisne su pluma en el momento de la muda; el rayo podría caer sobre él sin que él se meneara. Es el horror, es la hidra por la cual todo se estremece; y cuando Leviatán escupe, Satán vomita. Que ese ser horripilante esté en el mundo donde estamos nosotros y pueda mirar el cielo como los hombres, [es cosa que] turba el espíritu y confunde la razón. Cuando por la noche pasa detrás del horizonte, el brillo de sus ojos parece el alba; la playa se blanquea; el viajero dice la aurora asoma, y en su tranquilidad no sospecha que es Leviatán quien produce aquella claridad. Pasando apacible, piensa en el alba dulce y rubia, en el rocío, en las flores...—¡Qué profundo terror, qué estremecimiento, si pudiera ver moverse de pronto en la obscuridad aquella inaudita y sombría forma! A veces Leviatán baja hacia el precipicio, y las larvas tienen miedo en el fondo del lago de azufre y el infierno tiembla y su carcelero palidece cuando allá arriba, sobre sus frentes, surgiendo de repente, su cabeza se yergue espantable en el reborde del abismo, como un monte que meneara su cima.

¿Tú que vienes á mi sombra, irás á buscarle en su gran hierba verde, ó bien bajo su peñasco? ¿Irás á atarle con cuerdas por debajo del vientre? ¿Y le arrastrarás tú, asqueroso, [como es] fuera de su antro, para hacer acudir á los niños y reír á las sirvientas,

en tu patio, en pleno sol, ante aquel ser, objeto nocturno, increíble y vivo de tantas visiones y de tantos espantos? ¡Pues bien; Dios—piensa en esto, caña vil,—coge á Leviatán en su mano como se coge un pájaro!

*

El águila repuso:

—Moisés estaba solo en la nube, en el fondo resplandecía una faz desconocida y yo miraba. La faz, era Dios.

¡Yo le he visto! ¡Yo lo anuncio á vosotros que vivís poco, yo he visto al espantable Dios de la sombría eternidad! ¡Dios!, ¡último día del tiempo!, ¡última cifra del número!

He aquí lo que aprende el espíritu en las alturas:

Antes, la criatura era el criador; antes del tiempo que pasa, había el tiempo sin fin; antes del mundo inmenso, había el inmenso espacio; antes de todo lo que habla, había lo que calla; antes de todo lo que vive, existía lo posible; el infinito sin formas [figura] mora en el fondo de todo.

Encima del cielo azul que se mueve y gira, por donde los carros de los soles van y vienen y se vuelven, está el cielo inmóvil, eterno y profundo. Allí vi á Dios.

La duración se arrolla y se desarrolla en torno suyo como una culebra. Su obra es el mundo; él lo ha hecho; hecha la obra, se duerme.

Entonces, por todas partes se esparce como una noche de muerte donde flotan abandonadas las creaciones. Después de haber dormido millones de años, el ser inconmensurable á quien nada es semejante, cuyo ojo entreabriéndose luce como el sol, se despierta en medio de un profundo éxtasis y con su primer soplo crea un nuevo mundo, creación espléndida, universo luminoso, donde el átomo chispea, donde los fuegos se cruzan, claro, viviente, atravesado por astros sin número, que en la sombra se arremolina al rededor de su boca. Y luego vuelve á dormirse, y aquel mundo se va.

Un mundo desvanecido ¿qué importa á Jehová? Él es. Él sólo existe, y el hombre es un fantasma. Así como el sol no se preocupa del rastrojo una vez hecha la recolección y cortadas las espigas, el ser no se da pena por los mundos disipados. Él es. Esto basta. Su plenitud ignora. La forma huye. El sonido muere en la onda sonora; lo que se extingue, se extingue; lo que cambia, queda cambiado. Él dice: Yo soy. Esto es todo. Es abajo donde se dice: Yo tengo. La sombra cree poseer, animada por un pensamiento vano, y tiene bienes de ceniza en dedos de humo. Dios, siendo todo, nada tiene.

*

¡Ah! Desgraciado de aquel que duda. Yo os digo que su faz ha lucido ante mí y que he visto un ojo obscuro entre los truenos. En otros tiempos, los patriarcas blancos y ocho veces centenarios, le hablaban. ¡Es él! Es el viviente. Es el gran sol levante en medio de la gran noche.

No existe nada más que Dios.

Todo le teme, todo le nombra.

La piedra de la tumba sopla sobre el hombre, y el hombre se desvanece; sus días no tienen mañana; camina algunos pasos por un camino obscuro; luego su pie se disipa y su sendero se borra; muere y todo está [queda] muerto. Cualquiera cosa que intente ó haga, posee el relámpago, el viento, el instante, el lugar, es el sueño y vive el tiempo de decir adiós.

¡Fantasmas! ¡Flotáis sobre las oscuras horas en este mundo donde se ven pasar algunas figuras! Hombres, ¿qué sois, pues? Rostros pensativos. El mal desciende de vosotros como el frío de los tejos. Vuestros designios son pozos de iniquidad; sois los antros donde celebran sus fiestas el vicio y el crimen; vuestras casas y vuestros umbrales y vuestros techos y vuestros muros cuentan más maldades que uvas maduras una cepa; incrustáis de oro fino vuestra cama de madera de arce; retorcéis los harapos del pobre miserable y vuestra púrpura está hecha con la sangre que mana; cambiáis en chupador de niño la temible suerte y jugáis á los dados, riendo, perdiendo cantidades, mientras que en su noche el destino juega con los hombres.

Vuestras ciudades son bosques; se roba, se defrauda, se vende; el ignorante es el pan que come el sabio; y el hombre buitre tiene en su garra al hombre topo, y el burrero Interés fustiga al asno Miseria; sufrís á todas horas y por todos lados: ¿para qué, si sois todos arrebatados á la nada?

Vosotros pensáis. [Pero,] ¿creéis? Vuestros cráneos son bóvedas sin lámparas, de las que rezuman los llantos en anchas gotas. Vosotros oráis. ¿A quién?

¿Cómo? ¿Por qué? No lo sabéis. Vosotros amáis. ¡Oh noche sombría! ¡Oh cielos soñados en vano! Vuestros sentidos son un estiércol donde se acomoda vuestro amor y en vuestro beso se mezcla el puerco al ángel.

Y Satán ha hecho tanto, que vuestro rebajamiento es mancilla en la tierra y mancha en el firmamento.

*

¡Así, pues, ese Dios lo hizo todo! Los cielos, los mundos, las bestias, todo, hasta vuestro ruido y la sombra que proyectáis; así, pues, él, el sembrador eterno, abrió la mano y sembró en el espacio, á todos los vientos del cielo, las estrellas, polos ardientes, ceniza ígnea, todo lo que veis en la noche.

Aquel puñado de granos de oro arrojado en el surco de la claridad, durante la eternidad, cae en el infinito.

*

A veces Dios, cuando mira, se da vergüenza del hombre; y los tigres de los bosques, y los césares de Roma, los reyes que llevan en la frente Mane, Thecel, Phares, reverberan, entre los vivos azorados, el vago llamear de su inmensa cólera. Hombres, espectros llenos de demencia, sabed esto: Él es, cuando le place, el Dios feroz. Pone la marca de su rayo á toda cima altiva; cuando se despierta, es terrible; hiere, venga. Sopla sobre la ceniza, escupe sobre el fango; entrega á Tiro y Susa á los onagros rayados; persigue á través de los siglos espantados, como se acorrala á un lobo de cueva en cueva, á veinte generaciones por el crimen del padre. ¡Oh transeuntes de la noche, ca-

minantes de los negros senderos, hombres, larvas sin nombre que morís por entero, Dios muestra brusca-mente su faz á quien le ultraja; y cuando le insultáis en vuestra rabia loca, como surge en la selva el gran león, Adonai se borra y Sabaoth aparece! Santo, santo, santo el señor mi Dios. ¡Silencio, abismos!

*

Y el águila se hundió en las sublimes brumas, semejante al grano de fuego caído del incensario.

VI

EL GRIFO

EL CRISTIANISMO

Triplex.

Y vi encima de mi cabeza un punto negro. Y aquel punto negro parecía una mosca en la sombra. Volé á él.

La áspera noche se extinguía, pero su penumbra ocultaba todavía el día que se veía despuntar en los cielos.

Y aquella mosca era un grifo monstruoso que hacía temblar la sombra con su enorme ala.

Y el grifo gritó:

*

¡Que duerma el águila de abajo! Yo velo. ¡Dios me llevó más alto que el águila!

¡Tú vienes del Sinaí, yo vengo del Gólgota, águila! El rayo llena tu visionario ojo; yo he visto el patíbulo más alto que el trueno.

Cuando los verdugos levantaban la cruz, yo estaba encima; yo me he estremecido sobre el árbol donde clavaron á Jesús; yo he visto aquella inmensa y solemne agonía; Marcos para escribirla tomó una pluma de mi ala; yo he visto á Jesús desangrarse y aletargarse; yo lo sé todo; estoy saturado de su último suspiro. Yo siembro su palabra al soplo del cierzo.

Aguila, Cristo sabe más que Moisés, porque Moisés no tiene más que los rayos de luz y Cristo tiene los clavos. ¡No, Dios no es vengador! ¡No, Dios no es celoso! ¡No, Dios no se duerme llevando toda la bóveda! ¡No, el hombre no muere por entero!

Aguila, escucha:

*

Dios, cuando estuvo hecho el mundo, reconoció que eso no era nada, puesto que nada decía en él: ¡Aquí estoy!; puesto que nada pensaba ni hablaba en él; de suerte que la creación, al nacer, estaba muerta.

Y lo increado quiso engendrar lo inmortal.

Él hizo el alma, y la puso en el hombre, su altar. Sólo el hombre recibió el alma en el universo visible. Dios creó para Adán esa inaccesible cumbre. Por debajo del hombre, alma, inteligencia, espíritu, la materia rodó en la piedra, floreció en la planta y bramó en la bestia, sin vivir; Adán, viendo que sólo él tendría un alma, quedó embriagado; quiso la ciencia y hurtó la fruta. Por esto Dios arrojó á los hombres á la noche.

Y desde aquel día la urna amarga está llena. Todo

el género humano se dobla bajo la falta de Adán. La labor es ingrata y el surco es duro; el hombre nace malo, triste, inexorable, impuro; el engendro del mal desgarrá el seno de Eva. La guerra y el patíbulo, esos dos filos del gladio, van segando al ignorante, al débil y al inocente; el horrible fratricida que cree ausente al padre, da miedo á los cielos con la sangre que le han visto beber; ¡ay! en la selva de la negra humanidad un eterno Caín mata sin cesar á Abel. El hombre adora á Moloch, á Dagón, á Teutates, á Belo; y sobre los crímenes reyes llamean los monstruos dioses. Los vicios, trailla infame, ladran al rededor del alma; toda la humanidad tañe como una campana de señales. Doquiera el horror, el estertor y la risa, el espanto. Toda boca es úlcera y toda cumbre es cráter. Sale de toda la tierra un ruido tan monstruoso, que la noche, como viuda de luto, dice al día que se enrojece: ¡es que habla el tigre ó que el hombre ruge! Satán en derredor vuela y se cierce, ave de rapiña de las almas. El dolor formidable es su alegría.

Y llenos de fuegos, de llantos, de tormentos desatinados, y de bustos vivientes retorcidos en las llamas, lleno de gritos que se desvanecen en la bóveda de bronce, y que escucha la sordera de lo imposible, cúpula del abismo, teniendo por pechinas horriblos derrumbamientos de negros y quejumbrosos seres, cárcel sin fondo, sin luz, sin esperanza, bajo la muchedumbre de vivos, bajo ese montón de vanidad que rueda, bajo la ola de viandantes de la vida y del ruido, bajo el pensador, cautivo del sueño que él construye, bajo los guerreros con casco y bajo las mujeres desnudas, bajo los amplios festines que cantan hasta las nubes, bajo todo lo que se enciende y todo lo que se extingue, bajo todos los pasos del hombre, orgullo, ciencia, instinto, bajo todo ser que anda, ó vacila, ó

tropieza; el infierno eternal acecha y se abre, [como] vasta emboscada.

¡Negro surco compuesto de todos los cienos viles, que recibe espíritus y devuelve demonios, que produce cosechas de espectros y gavillas de monstruos llameantes, lúgubres y soberbios, de donde sale todo lo que mata, donde crece todo lo que miente, y que se estremece, conmovido por un largo temblor, cada vez que oye el espantoso grito de la caída, cada vez que en su noche, como enjambre que lucha, descendiendo algún triste y sombrío torbellino donde luce el alma, y que ve abrirse encima de él, negra y sin ruido, la mano de su siniestro sembrador!

*

Pero el libro de vida está allí, divino registro. El hombre es el alma; el hombre lleva en sí un destello, y la materia sola es la condenación.

Dios piensa, y el dolor le desarma lentamente. Dios se llama perdón, el hombre se llama lágrima; Dios creó la compasión el día que nació el hombre.

Ante las acciones del hombre infortunado se indigna á menudo la pureza de los firmamentos; á menudo, el astro de los ojos de águila y el ángel de vuelo de cisne se admiran de esta sombra y de esta negrura; Dios, viendo al hombre bellaco, implacable, opresor, está triste; y cuando, saliendo de la noche, aparece la cólera, faz sombría que ilumina el rayo, recordando al Señor lo que el hombre le debe, pronta á maldecir, él pone un dedo sobre aquella boca. Aquel dedo dulce y misterioso, es la clemencia.

El perdón dice por lo bajo al hombre: Vuelve á empezar, vuelve á ser puro. Remonta á tu origen [manantial]. Probemos. Vuelve al crisol. Para rehacer tu alma obscurecida y deforme, tu Dios te ofrece en los rayos de luz el ataúd, esa cuna del enorme nacimiento.

Clemencia es el fondo de Dios. Dios bebe la hiel. Dios no venga á Dios ante el azul del cielo. No vuelve á vomitar nada sobre el hombre. Socorredor, tierno, echa al mal, ese miserable, con el pie. Dios, á quien llamaba el hombre culpable, se ha inclinado, y viendo al universo sangriento, muerto, desecado, y para el mismo y sólo para él severo, pensando que para salvar un mundo basta un calvario, ha dicho: ¡Ve, hijo mío! Y su hijo ha ido.

¡Redención! ¡Misterio! ¡Oh gran Cristo estrellado! ¡Sed del crucificado, satisfecha con amargor! ¡Mortaja cuyos pliegues todos hacen caer vida! ¡Oh patíbulo que bendice á Judas y á Barrabás! ¡Que vierte á torrentes la savia y la esperanza hacia abajo, cruz para todos los espíritus, árbol para todas las plantas! ¡Sublime abrazo de las grandes manos sangrientas! ¡Ojo moribundo de Jesús, cuya eternidad brilla! ¡Oh perdón! ¡Oh compasión del azul para la noche! ¡Celeste paz que sale de todas las clemencias! ¡Oh monte misterioso de los olivares inmensos! ¡Después del creador, se ha mostrado el salvador! El salvador ha velado por todos los ojos, sangrado por todas las heridas. Los caminos de los vivos, ¡ay!, no son seguros; pero Cristo, sobre el madero de la fatal encrucijada, señala con un brazo la noche y con el otro el día!

Después vinieron los apóstoles, esas cabezas flamígeras; los santos; mártires arrojados á las bestias, vír-

genes que alababan á Dios dentro del negro chirrión, mujeres embarazadas que cantaban mientras el verdugo horrible arrancaba á sus hijos de sus vientres, y los padres de los bosques, y los doctores de los antros, y las voces de los desiertos y de los claustros gritando al hombre en su noche fría: ¡Oriente! ¡Oriente!

¡Oh! ¡Lo habéis buscado sin divisarlo, sibilas, á ese Dios misterioso de los azules inmóviles! Hijas de las visiones, tú bajo el arco de un puente, Marto; tú, Albúnea, acechando los huevos que pone el mochuelo y quemando una antorcha de cera; tú, la de Frigia, espanto de Ancira, hablando al astro y escuchando pálida si contesta. La de Imbrasia, la del Helesponto, que se levanta diosa y vuelve á caer hiena; tú, Tiburtina; y tú, la ronca Libiana, gritando: ¡Trece!, ensayando la ley del número impar; tú, cuya mirada fija inquietaba á Vesper, larva de Endor; y tú, con los dientes blancos de espuma, desnudos ambos senos, oh loca espantosa de Cumas; Caldea, hilando un hilo invisible; Sarda de ojo de cabra, de trágico perfil; tú, Eritrea flaca y enteramente desnuda al sol, penetrada de azul y de luz y de horror; tú, Persica, que habítaste un sepulcro destruído, faz á quien hablaban los caminantes de la noche y los descabellados que se inclinan en la sombra, Délfica; á todas, ásperos espíritus, de poco os sirvió aullar, pegar al viento, remover la tumba, girar vuestros ojos salvajes en la negra profundidad; ninguna de vosotras ha visto claramente en su gloria á ese gran Dios del perdón levantado sobre la tierra. Santa Teresa, con un suspiro, lo encontró.

*

El perdón es más grande que Cain y le cubre. La clemencia de Dios se abre por todas partes y es la sola

emboscada en que se cae siempre. La lengua de los mudos y el oído de los sordos es el perdón. La gracia ayuda á quien se abandona; es lo que falta á todos y lo que Dios da á todos. [Siendo] padre, sonrío á los hijos que le enseñan el puño. [Siendo] Dios, sería él el castigado, si no perdonara.

Su cielo es una mirada clemente. Todas las gracias que hace á cada instante, vuelan, nunca cansadas, se dispersan á lo lejos por todos los universos, y desde el débil al malo, desde el feroz al perverso, vagan [como] abejas de oro, y hacen botín de las almas; luego vuelven, mezclando bálsamos, incienso, dictamos, trayendo los perfumes extraídos de los corazones malditos, á llenar de la miel perdón la colmena paraíso.

¡Clemencia! Palabra formada con todas las estrellas. ¡Dios, cielo de todos los ojos, puerto de todas las velas! Jamás, haya bruma ó tempestad y cualquiera que sea el viento, está cerrado el asilo mientras el hombre vive; todo labio es recibido al celeste copón; la sangre del salvador corre y cualquier alma puede beber de ella, por tenebroso que sea un hombre que va á partir, un grito de arrepentimiento á la hora de la muerte, un llamamiento á la fe que vuelve á crear la tumba, una mirada enternecida hacia el resplandor sagrado, hacia lo que se insultaba y lo que se denigraba, un sollozo, menos todavía, un suspiro, un pesar del alma detestando su mancha original, basta para que escape á la pena eterna, al infierno, que, viendo lo que los hombres hacen, tuerce las cadenas sin fin en el precipicio sin fondo.

Seas lo que fueres, esquife, vuelve tu proa hacia Dios. El castigo sin término y sin esperanza condena,

bajo las eternidades más pesadas que los montes, á los demonios solos y á los que se convierten en demonios.

Para que la pena se haga inmutable y tardía, es necesaria la horrible reincidencia del último grito; en la sombría eternidad, Acab, Calígula, Borgia, que estrelló la tiara entre todos, Felipe II, Timur, Falaris, Luis XI, Nerón, están en la argolla sobre tronos de bronce. ¿Por qué? Porque dijeron: ¡No!, en el gran momento en que, en un vómito, salió su alma.

El hombre no ha de hacer más que llorar para volver á encontrar á su padre. La desgracia le dice: Cree. La Muerte le grita: ¡Espera! Que se arrepienta, y tiene la llave de una suerte mejor. Dios le substituye, después de la prueba y el dolor, el paraíso de las flores por el edén de las estrellas. Eva, María ofrece sus velos á tu desnudez; el ángel de la espada de fuego recuerda á Adán proscrito; el alma llega llevando la cruz de Jesucristo; el Eterno hace sentar á la inmortal junto á sí.

Águila, la santidad del alma humana es tal, que en el fondo del supremo cielo, donde sonríe la claridad, donde el Padre y el Hijo se mezclan en el Espíritu, parece que el azul iguale y confunda á Jesús, alma del hombre, y á Dios, alma del mundo.

*

Y con los ojos en el firmamento, no mirando ya nada, como embriagado de destellos, el monstruo aéreo, león por la melena [crines], y la garra [uña], pájaro por el ala, cantó:

—¡Paz, vida y gloria á la bóveda eternal! ¡Él es el verdadero! Él vive. Él está presente. Como es invisible, Él es el deslumbrador; Él, con una palabra, creó la cosa y el misterio, todo lo que puede nombrarse y todo lo que se ha de callar. Cuando muere el hombre justo, Él le cierra los ojos; el hermoso jardín azul está lleno de espíritus gozosos que entran á todas horas y por todas las puertas. Dios hace desvanecer los goznes de las ciudades fuertes; entre sus dedos distraídos, tuerce el pálido relámpago; la gran serpiente le parece un cabello en el mar. Él es el gran poeta, Él es el gran profeta. Él es la base, Él es el centro, Él es la cúspide; Él es el que piensa, Él es el que ve; Él conoce el porvenir á que tiene derecho todo hombre, el Edén sol, el abismo y sus cámaras fúnebres. Los que caminan sin Él se van á las tinieblas. Él ordena á la noche que envuelva al día. Él, arquero, pone la muerte en la almena de la torre. Los cedros del Líbano, semejantes á viejos sacerdotes, hablan de Él por lo bajo; la sombra de todos los seres se inclina ante Él todas las mañanas y todas las tardes.

Las vírgenes, á sus pies, hacen arder en puros incensarios un perfume compuesto de las oraciones de todos aquellos á quienes el mundo llama sus lumbres, de todos los santos que están en la tierra y en el cielo; aquella blanca humareda envuelve el altar, y el Increado, escondido bajo velos de llamas, se inclina, aspirando el dulce olor de las almas.

Las columnas de los cielos se admiran ante Él; aquellos altos pilares, cargados con aquella inaudita cúpula, se estremecen desvanecidos ante su soplo y se parecen á su propio reflejo en ondas que tiemblan. ¡Oh Dios! ¡Rey! ¡Padre! ¡Asilo! ¡Esperanza del criminal! ¡Eterno labrador! ¡Recolector eterno! ¡Amo á

primera hora y juez en la última! Él fué quien hizo el mundo con la luz. El firmamento es claro de su serenidad. En ocasiones, en el azul espléndido y temido, oh misterio, se producen silencios de una hora; nadie canta en lo alto y nadie llora abajo; el ángel, pensativo baja [el brazo en que está] su estrepitoso clarín; Dios medita, cielo sueña, el infierno espera... Y la palabra que sale de la sombra es esta:

—Yo perdono.

*

El grifo se borró, como el relámpago que truena, en una bruma donde nada parecía moverse.

VII

EL ÁNGEL

EL RACIONALISMO

Homo

Y vi encima de mi cabeza un punto negro. Y aquel punto negro parecía una mosca en la sombra.

Detrás de mí la noche, como una repugnante ruina, se desmoronaba, y yo volé hacia el punto lejano, vago y viviente, hundiéndome más y más adelante en el azul firmamento dorado de una extraña alba.

Y aquella mosca era un ángel.

Y aquel arcángel inmenso, desplegando sobre mi frente que meditaba, dos alas, la una blanca y la otra negra, tenía los ojos fijos y sobre su frente parecía despuntar el día; y el ala blanca iba á fundirse en la aurora, y el ala negra iba á perderse en la noche.

En aquel cielo á donde mi vuelo raudo me había llevado, mar donde nuestro cielo negro parecía una península, el ángel aparecía gallardo, dichoso, poten-